

## PRÓLOGO

*Ileana Rodríguez*

*Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público* es un libro que he acompañado afanosamente en sus diversas versiones. Soy testigo del esfuerzo invertido en cada una de sus reflexiones y de la pasión que acompaña su escritura. Sé que una mujer habla del pasado vivido como historiadora y como persona comprometida. Conozco muy de cerca la tensión que supone combinar la demanda de meticulosidad de los archivos con la emoción prohibida al historiador. Pensar en las geografías que uno vive como lugares de memoria es un ejercicio que obliga a distanciarse de eso que para uno es diariedad, sitios por donde ha transcurrido la vida, ahora sometidos a estudio y escrutinio. Eso es otra modalidad, otro asunto. Pensar Managua antes, durante y después del terremoto, por ejemplo, no se hace a sangre fría: trae a la memoria ir en búsqueda de los seres queridos por calles ya destruidas e intransitables, con el afán de saber si quedan todavía vivos. ¡Cómo contar esto sin lágrimas! Al historiador lo obliga el dato duro; a la

mujer, la emoción es llama guardada, secreto para ella misma. Mas el dilema puede leerse en este relato entre líneas.

Parte de los insumos de este trabajo fueron lecturas teóricas de pensadoras como Elizabeth Jelin, Enzo Traverso, Michael Pollak, Pierre Nora y Paloma Aguilar. Aprendidas a lo largo de una magnífica *Maestría en Memoria, Cultura, Ciudadanía*, ellas proporcionan apoyo, método y camino para leer la historia como memoria. Dicha maestría es otro de los recursos subterráneos, memoria sumergida de este tan seriamente pensado trabajo. Porque antes de leer a los y las teóricas, uno no piensa los eventos usando conceptos básicos, tales como ‘lugares de memoria’, ‘memorias dominantes o subterráneas’, ni tiene en mente lo que se recuerda y lo que se olvida; menos todavía oye la pluralidad de memorias, aunque sepa que existen. Dichas memorias se conocen como ‘memorias en pugna’, ‘memorias visibles o latentes, materiales, o simbólicas’. Menos aún se piensa en las borraduras, significaciones y resignificaciones de ésta. Uno habla todo esto de otra manera, como mentiras y manipulaciones, no como ese propósito intencional de cambiar y distorsionar lo sucedido. El vocabulario con que pensar estos eventos históricos es por tanto una de las contribuciones de este meticuloso trabajo.

Con este método y con estos conceptos bajo el brazo, caminamos con Margarita Vannini, como recomendación Michel de Certeau, el espacio urbano de la ciudad de Managua y prestamos atención a las plazas públicas, en particular a la Plaza de la República, la Plaza de la Fe y la plazoleta donde se encontraba la estatua ecuestre de Anastasio Somoza García frente al antiguo Estadio Nacional, para visitar esas tres

transiciones que examina el libro: del somocismo al sandinismo, de la guerra a la paz y de la revolución al neoliberalismo—y más allá. En su compañía visitamos la antigua ciudad en cuyos escombros se construyeron varias plazas después del triunfo de la revolución sandinista de 1979, para celebrar a los hombres que habían contribuido a la derrota de la dinastía—Carlos Fonseca, Pedro Joaquín Chamorro, Omar Torrijos—nuevas formas de la masculinidad. Iniciamos el recorrido en la Plaza de la República, construida por el somocismo en 1946, sede de sus significados a lo largo del régimen, pero lugar en permanente tensión entre el uso institucionalizado del espacio y las acciones de resistencia y movilización ciudadana. Nos recuerda la autora cómo la revolución ocupó dicha plaza el 19 de julio de 1979 y la resignificó por medio de sus rituales masivos y nuevos monumentos; y cómo, en 1980, el gobierno construyó la Plaza 19 de Julio porque la Plaza de la República resultaba pequeña para las masivas concentraciones ciudadanas. En esta nueva plaza se fusionaron partido y nación en 1981, y ahí celebró la afamada misa campal el Papa Juan Pablo II en su primera visita a Nicaragua, en marzo de 1983. En 1984, nos dice, se construyó la Plaza Parque Carlos Fonseca donde, dos años después, se conmemoró el 25 aniversario de la fundación del FSLN. En 1989 se celebró ahí mismo el último 19 de Julio previo a las elecciones, y el 21 de febrero de 1990 se cerró, con un masivo acto, la campaña electoral de Daniel Ortega. Estas plazas constituyen en este libro los centros neurálgicos de disputa y resignificación de los signos de la historia, lugares donde se manifestó el conflicto entre nuevas y viejas administraciones, programas y proyectos. Y en este sentido las plazas públicas son

archivo privilegiado de las distintas memorias espaciales y temporales, inscritas en su materialidad. Al cerrar los ojos, Vannini las quiere ver igual que ayer y, en el repiquetear de la voz, oír el tiempo que fue.

Con gran entusiasmo la autora narra que fue en la Plaza de la República, renombrada Plaza de la Revolución después del triunfo del 19 de julio de 1979, donde la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional presentó el *Estatuto Fundamental de Leyes y Garantías de la República de Nicaragua*. Ese documento delineaba la construcción de una nueva institucionalidad e inauguraba la memoria sandinista que implicaba borrar todo rastro del régimen somocista para construir una nueva identidad nacional articulada a los valores del sandinismo. Vannini considera que este proyecto era un medio para “la construcción de una sociedad más justa y solidaria”, ejemplo de políticas públicas del gobierno caras a la autora, escritas y argumentadas como memorias inclusivas. Ella nos hace recordar cómo se rebautizaron todos los lugares públicos con nombres de los caídos en combate o asesinados por la dictadura somocista; cómo se transformaron las paredes de las calles en museos donde, con participación comunitaria, los muralistas pintaban los espacios públicos; cómo un cine móvil, una poesía y una música comprometidas con las causas populares fueron parte integral de este recambio. Nicaragua se llenaba de júbilo y con júbilo se puso en marcha la Cruzada Nacional de Alfabetización, la escritura de la nueva historia de Nicaragua, las memorias personales de algunos comandantes, la recopilación de la historia oral. Pero todo esto no estuvo carente de conflictos. Las memorias siempre están en pugna. Vannini recuerda el debate en torno a los contenidos de la

cartilla *El amanecer del pueblo*, que enseñaba el alfabeto con signos todos sandinistas. Los partidos políticos de oposición, la Iglesia católica y muchos padres de familia la rechazaban.

Luego vino el recambio. En 1990, Violeta Chamorro, encabezando la Unión Nacional Opositora (UNO), fue elegida presidenta de Nicaragua. La transición de la Revolución al neoliberalismo inició la des-sandinización de la historia de Nicaragua, la borradura sistemática de la memoria de la revolución: se descartaron los programas de historia, se redactaron nuevos textos escolares, se cerró el Museo de la Alfabetización y se empezaron a cambiar los nombres de los lugares públicos. La ciudad se hacía ajena. Entrábamos en otras geografías y otras atmósferas. Apoyado por la Alcaldía de Managua, el Ministerio de Educación mandó a borrar los murales, rebautizó la Plaza de la Revolución que volvió a ser Plaza de la República. Por orden del alcalde la capital estrenó en sus principales rotondas estatuas monumentales de Cristo Rey y de la Virgen María para afianzar el pacto entre la administración Chamorro y la Iglesia católica. La Plaza Parque Carlos Fonseca cambió de nombre y se llamó Juan Pablo II. A partir de entonces, la revolución fue la causante de todos los males nacionales. El período se bautizó como ‘la larga noche oscura’.

Dieciséis años después, en 2006, Vannini nos presenta el regreso de Daniel Ortega al poder y el inicio de un programa ajeno a la tradición revolucionaria, conocido como “Nicaragua cristiana, socialista y solidaria”. Rosario Murillo, su jefa de campaña y compañera de vida, empezó por sustituir el rojo y el negro, color de huelgas, sangre, luto y batallas mundiales, por un rosado encendido. Se abría otra época para la